

## Por una masculinidad feminista (más allá de los géneros)

ISABEL BALZA MÚGICA

Cuando tratamos de definir qué es la *masculinidad*, está claro que enseguida nos remitimos a una serie de características culturales, modeladas por espacios y tiempos particulares y que varían, por tanto, según las distintas culturas y épocas. En esto estamos bastante de acuerdo, y no resulta difícil de comprender. Desde luego, también sabemos que ha sido la teoría feminista la que nos ha permitido poder elaborar una teoría crítica de la masculinidad, heredera de la teoría feminista sobre lo femenino, sin duda. Recorramos entonces brevemente el pensamiento feminista para que nos permita, así, reflexionar sobre qué es «lo masculino».

La primera ola del feminismo, según nuestra cronología europea, comienza con las primeras aportaciones a la teoría feminista por parte de pensadoras y pensadores en la Ilustración. Estas primeras pensadoras feministas del siglo XVIII van a destacar por su crítica a un pensamiento biologicista que esencializa qué es la femineidad. Así, por ejemplo, Madame d'Épinay (1726-1783) va a denunciar las condiciones de la vida de las mujeres como las causas de lo que se consideran atributos esenciales femeninos. Un rasgo común de esta crítica protofeminista va a ser el importante papel que las ilustradas le van a conceder a la educación como constructora de la femineidad. Este análisis de la formación del sujeto generizado se va a circunscribir en este momento al sujeto femenino, pero, como veremos, va a poder ser extendido al sujeto masculino también. En este sentido, queremos destacar las contribuciones a la importancia de la educación en la

construcción de las subjetividades generizadas que hizo el cartesiano Poulain de la Barre en el siglo XVII. Es sorprendente la modernidad de su planteamiento, más aún si lo comparamos con las tesis discriminadoras y reductoras defendidas un siglo más tarde por el mucho más conocido en la historia de la filosofía, Jean Jacques Rousseau. Porque si Rousseau, en su tan renombrado *Emilio o de la educación* (1762), condenaba a las mujeres a una formación en la que eran meras acompañantes al servicio de los objetivos de los varones, espectadoras de los logros y de los deseos de ellos, reducidas sus vidas al cuidado de los hombres,<sup>1</sup> Poulain de la Barre, por su parte, denunciaba en su *De la educación de las damas* (1674) la educación que recibían las mujeres como causa de la articulación de esa femineidad reducida a ser mero adorno y servicio de lo masculino. De la Barre pretendía aplicar la máxima cartesiana de la duda metódica a un prejuicio común, el de la desigualdad de los sexos, para así transformar las costumbres y potenciar la igualdad como sentimiento moral, más allá de su demostración como idea verdadera. De la Barre nunca hubiera condenado a la Sofía de Rousseau a ese destino de servidumbre a lo masculino.

Es evidente que ya en estas primeras críticas podemos vislumbrar el modelo de masculinidad que acompaña a la femineidad que se denuncia. Pues, si esta femineidad es la propia de una ideología patriarcal, del mismo modo, la masculinidad que se predica y a la que sirve es la de una masculinidad fruto también del patriarcado. Está claro que ambas, femineidad y masculinidad, son dos caras de un mismo sistema de opresión y de dominación, en el que uno es el dominador y otro el dominado. Un sistema social, cultural y económico que se fundamenta en la

1. «De donde se deduce que el sistema de su educación debe ser en este punto contrario al de la nuestra: la opinión es la tumba de la virtud entre los hombres, y su trono entre las mujeres.

De la buena constitución de las madres depende ante todo la de los hijos; del cuidado de las mujeres depende la primera educación de los hombres; de las mujeres dependen también sus costumbres, sus pasiones, sus gustos, sus placeres, su felicidad misma. Por eso, toda la educación de las mujeres debe referirse a los hombres. Agradarles, serles útiles, hacerse amar y honrar por ellos, educarlos de jóvenes, cuidarlos de adultos, aconsejarlos, consolarlos, hacerles la vida agradable y dulce: he ahí los deberes de las mujeres en todo tiempo, y lo que debe enseñárseles desde su infancia. Mientras no nos atengamos a este principio, nos alejaremos de la meta, y todos los preceptos que se les den de nada servirán ni para su felicidad ni para la nuestra» (Rousseau, 1990, p. 494).

desigualdad de los sexos y que causa dolor y humillación. Porque, más allá de la evidente diferencia sexual que conforma los cuerpos de los humanos, la construcción de un sistema de categorizaciones y caracteres que definen los dos géneros (y sexos) admitidos comúnmente por la ideología patriarcal es causa de la desigualdad entre los sexos.

La imprescindible Simone de Beauvoir ya lo sentenció para siempre: «No se nace mujer: se llega a serlo». Así comienza el segundo volumen, «La experiencia vivida», de *El segundo sexo* (1949). Estas palabras tan repetidas como un mantra en el feminismo son, sin duda, necesarias todavía. Porque, además, la teoría feminista las completa, y así también decimos ahora: «No se nace varón: se llega a serlo». Porque ni se nace mujer ni se nace varón. Ambas, la femineidad y la masculinidad son construcciones culturales, económicas y sociales alrededor de un sexo; son atribuciones arbitrarias de rasgos que definen una corporalidad sexuada. Y no son –ya nos lo decían las ilustradas– características biológicas o esenciales que acompañan al cuerpo sexuado. Hasta aquí, casi todos de acuerdo. Pero sigamos recorriendo la senda del feminismo.

La pregunta es, entonces, ¿qué hay más allá de esas atribuciones arbitrarias de rasgos que pretender definir los cuerpos sexados? Si ese conglomerado de caracteres que definen qué es la femineidad o la masculinidad no se hallan ligados de modo necesario a un cuerpo u otro, entonces, ¿son arbitrarias las asignaciones de género? Las reflexiones que Judith Butler presenta en su libro de 1990 *El género en disputa* nos ayudan a pensar sobre las respuestas que buscamos. Efectivamente, Butler dirá que la asignación genérica es arbitraria, en el sentido de asumida culturalmente, pero sin ninguna necesidad biológica que la respalde, de modo que tanto las formas que adopta la femineidad como aquellas que adopta la masculinidad son totalmente contingentes. Es más, hay múltiples formas de performar la femineidad, así como la masculinidad, y cualquier cuerpo puede adoptarlas. Porque la cuestión es que, más allá de las muchas femineidades y masculinidades que podamos imaginar, no hay ningún original que las sostenga, dejando así claro que las actuaciones genéricas son pura máscara. Los géneros son máscaras que adoptamos para construir nuestra identidad sexuada, y no hay ninguna necesidad esencial de que a un cuerpo se le asigne un género u otro, aunque

está claro que a lo largo de los tiempos así ha sido. Los cuerpos que presentan determinadas características han sido clasificados bajo un género u otro. Pero ello no es necesario. Y aquí radica la libertad de saber que el género no está sostenido esencialmente por ninguna corporalidad determinada, que la morfología corporal no determina la identidad sexual. Y, sin embargo, las construcciones sociales y culturales son una losa que definen las corporalidades y las identidades, y escapar de las asignaciones de género recibidas es un arduo camino lleno a veces de mucho dolor. Pero podemos encontrar a lo largo de la historia muchos sujetos que han huido de las asignaciones recibidas y que han tratado de construir sus identidades sexuales de otro modo. Así, por ejemplo, las razones de las mujeres para hacerse pasar por varones –ser masculinas– son varias: desde la necesidad social, como puede ser el caso de las mujeres piratas de los siglos XVII-XVIII, que se vestían y vivían como hombres, como las tan conocidas Mary Read y Anne Bonny, cuyos motivos podían ser económicos o románticos;<sup>2</sup> hasta la pasión y el amor por otras mujeres, como la figura del marido-mujer del siglo XVIII. Y, desde luego, en nuestro tiempo tenemos la cultura *drag king*, que recrea las masculinidades en los cuerpos de las mujeres. En este sentido, tenemos que recordar el pionero trabajo de Judith Halberstam *Masculinidad femenina* (1997), que explora los modos de la masculinidad que han adoptado los cuerpos de las mujeres en los últimos tres siglos.

No dudamos, entonces, de que tanto las femineidades como las masculinidades se construyen, se hacen y no se nacen, ni de que, además, ni unas ni otras están necesariamente vinculadas a ninguna corporalidad determinada. Porque más allá de las máscaras de las masculinidades y de las femineidades está el vacío, y no ninguna materia corporal que las respalde.

Lo que nos importa es pensar entonces qué femineidades y qué masculinidades nos interesan. Como defendía Simone de Beauvoir, nosotras también queremos un mundo donde las diferencias de sexo –y cualesquiera otras– no impliquen desigualdades sociales, económicas o culturales. Y, en este sentido, dado que la identidad subjetiva se construye a través de las identifica-

2. Sobre las mujeres piratas, véanse estos dos títulos: Dekker y Van de Pol (2006). *La doncella quiso ser marinero. Travestismo femenino en Europa (siglos XVII-XVIII)*. Madrid: Siglo XXI; y Vázquez Chamorro (2004). *Mujeres piratas*. Madrid: Alga.

ciones sexuadas, necesitamos fomentar y construir formas de la feminidad y de la masculinidad que no sean patriarcales, es decir, que no aboguen por la desigualdad.

Como bien expone la filósofa ecofeminista Val Plumwood en *Feminism and the Mastery of Nature* (1993), el patriarcado articula una estructura binaria de dualismos opuestos alrededor de la feminidad y la masculinidad. Así, lo masculino es asociado con la cultura, la mente, el amo, la razón, la racionalidad, el espíritu, la libertad, lo universal, lo civilizado, la producción, lo público, el sujeto, el mismo, lo humano, en fin. Mientras que lo femenino se vincula con la naturaleza, el cuerpo, el esclavo, la materia, la animalidad, la emoción, la necesidad natural, lo particular, lo primitivo, la reproducción natural, lo privado, el objeto, lo otro, lo no humano, en fin. Y la cuestión es no solo que dichas diferencias sean esencializadas y adjudicadas a un cuerpo determinado –macho o hembra–, sino que, además, todo lo que sea ligado con la masculinidad será calificado como positivo y siempre mejor, mientras que aquello vinculado con la femineidad será tachado de negativo y disminuido. La tarea de deconstrucción de este sistema de moralidad patriarcal tiene dos objetivos: por una parte, debemos dejar de percibir y de calificar aquello asociado con lo femenino como devaluado y peor; y, por otra parte, se trata de romper el propio sistema de división dual que opone y jerarquiza lo femenino y lo masculino.

Nuestras niñas y nuestros niños necesitan poder identificarse con caracteres que definan su subjetividad que, ya se llamen *masculinos* o ya se llamen *femeninos*, no sean patriarcales. Necesitamos formas de la femineidad y formas de la masculinidad que sean igualitarias, no discriminadoras, no jerárquicas, sino democráticas. En este sentido, si el feminismo lleva ya siglos buscando formas de la feminidad que se digan feministas, ahora también queremos predicar formas de la masculinidad que se nombren feministas. Porque el feminismo es aquella teoría y práctica política que persigue la igualdad social de todos los humanos, y que denuncia las formas de dominación y de opresión se den como se den. Como afirma Carol Gilligan, en un contexto patriarcal el cuidado es una virtud femenina, porque cuidar –ya lo sabemos– es lo que hacen las mujeres buenas, por ser una labor femenina, donde las mujeres están consagradas al prójimo y se les exige que sean abnegadas; por el contrario, en un contexto democrático (feminis-

ta), el cuidado es una virtud humana, cuando cuidar es lo que hacen los seres humanos, porque cuidar de uno mismo y de los demás es una capacidad humana natural (Gilligan, 2013, p. 50).

Volvemos de nuevo al punto de donde partimos. Ahora, como Poulain de la Barre, nos preguntamos por la educación de las damas, pero también por la educación de los varones. Seguimos empeñadas en reflexionar sobre la educación de nuestras niñas y de nuestros niños. Seguimos empeñadas en pensar cómo podemos ofrecerles identidades femeninas y masculinas que no pasen por el sesgo patriarcal. Seguimos empeñadas en buscar modos de educar que permitan articular subjetividades libres que, más allá de los géneros, busquen la igualdad social. Seguimos, en fin, empeñadas en construir espacios educativos que permitan la asunción de roles democráticos y feministas a todos los cuerpos, donde los roles patriarcales estén erradicados y excluidos. Nos empeñamos, por ello, en buscar feminidades y masculinidades feministas, aquellas únicas –estamos convencidas– capaces de crear un mundo mejor.

## Referencias bibliográficas

- Beauvoir, S. (2017). *El segundo sexo*. Madrid: Cátedra [1949].
- Butler, J. (2001). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós [1990].
- Condorcet, De Gouges, De Lambert *et al.* (1993). *La Ilustración olvidada. La polémica de los sexos en el siglo XVIII* [ed. De Puleo, A.]. Barcelona: Anthropos.
- Dekker, R. M. y Van de Pol, L. (2006). *La doncella quiso ser marinero. Travestismo femenino en Europa (siglos XVII-XVIII)*. Madrid: Siglo XXI.
- Gilligan, C. (2013). La resistencia a la injusticia: una ética feminista del cuidado». En: *La ética del cuidado* (pp. 40-67). Barcelona: Cuadernos de la Fundació Víctor Grífols i Lucas, 30.
- Halberstam, J. (2008). *Masculinidad femenina*. Madrid: Egales [1997].
- Plumwood, V. (1993). *Feminism and the Mastery of Nature*. Londres: Routledge.
- Poulain de la Barre (2018). *De la educación de las damas*. Madrid: Cátedra [1674].
- Rousseau, J. J. (1990). *Emilio, o De la educación*. Madrid: Alianza [1762].
- Vázquez Chamorro, G. (2004). *Mujeres piratas*. Madrid: Algaba.